

# LOS CHONTALES TABASQUEÑOS Y LA CONMEMORACIÓN DE LAS ÁNIMAS

---

CATALINA RODRÍGUEZ LAZCANO



Catalina Rodríguez Lazcano es investigadora-curadora de la Subdirección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología e Historia. Las fotografías de este artículo son de la autora.

*El sentido de la celebración de Día de Muertos* varía según la perspectiva desde la cual se tenga contacto con ella. Para los pueblos de tradición mesoamericana, que la viven como parte de su cultura, la conmemoración de las ánimas de los difuntos es un acto social y un culto religioso a los antepasados, mientras que para los habitantes de las ciudades y ocasionales visitantes de las comunidades tradicionales, las ofrendas de muertos son ante todo una recreación artística y una proeza de imaginación.

Esta diferencia en la percepción de unos y otros requiere ser ventilada para una mejor elaboración de las políticas públicas relativas al fomento del turismo, pues es indudable que la declaratoria de la celebración de la festividad indígena dedicada a los muertos en México como patrimonio de la humanidad, por parte de la UNESCO, tendrá como consecuencia el aumento de la demanda turística hacia los lugares donde se encuentra presente.

Ante todo, valdría la pena tener presente que la celebración va más allá de la colocación de una ofrenda, que varía de lugar a lugar por razones culturales, económicas y sociales y que se modifica también con el transcurrir del tiempo, en tanto que los pueblos cambian constantemente. De este modo, conviene deshacerse de modelos preconcebidos y evitar las comparaciones simplistas para acercarse a las diferentes regiones con el ánimo de conocer lo que las culturas locales han construido para conmemorar a sus difuntos. Aquí vamos a referirnos al caso de los chontales de Tabasco para mostrar el interés que puede presentar una celebración a los muertos, modesta en lo que a la ofrenda se refiere, pero profunda en los aspectos social y religioso.

Los chontales de Tabasco viven principalmente en los municipios de Nacajuca, Centro, Centla, Jonuta y Macuspana, que conforman una región

otrora rica para la agricultura y la pesca. En la actualidad la explotación del petróleo y el crecimiento de las ciudades dificultan los trabajos del campo, por lo que muchos habitantes de esta región optan por otras alternativas, como son los trabajos poco calificados y mal remunerados en la misma zona o fuera de ella. La magnitud de los cambios también ha afectado el control de su antiguo bagaje cultural. No obstante, cualquier chontal reconoce la existencia de las ánimas y la necesidad de cuidarlas durante sus viajes y estancia entre los vivos; a cambio, las ánimas los protegen a ellos y a sus familias. Dicha atención revela varios aspectos de la cultura chontal: la persistencia de tradiciones antiguas, a pesar de estar inmersos en la modernización de la región; la necesidad de integrar a las ánimas al grupo familiar y la propia necesidad de saberse integrados a una parentela aun después de la muerte.

#### LAS ÁNIMAS DEL GRUPO DOMÉSTICO

Si consideramos a las ánimas como integrantes del núcleo doméstico es posible ver los rituales funerarios y de culto a las “sombras” como expresiones de la organización social, específicamente de un tipo de relaciones sociales. Quizá entonces sea más correcto observarlos como actos sociales con sentido religioso, en lugar de actos religiosos con sentido social, como frecuentemente se les ha descrito, y señalar en segundo término su efecto como reforzadores de la identidad.

Con el enfoque que aquí se ensaya, las celebraciones de noviembre aparecen como una parte del conjunto de acciones de reciprocidad entre personas y ánimas a lo largo de sus respectivos ciclos de vida; son parte del intercambio equitativo, necesario entre individuos que comparten una historia y un destino común, y sirven para que las familias, y más ampliamente las sociedades locales, se sigan reproduciendo como tales.

Los poblados chontales mantienen un arraigado culto a las ánimas, con características que responden a su tradición, sobria y frugal en comparación con la de otras regiones de México, quizás influida por el hecho de haberse vuelto una práctica clandestina a raíz de las reformas anticlericales y “desfanatizadoras”, llevadas a cabo por el gobernador Tomás Garrido Canabal<sup>1</sup> y sus seguidores. Dicha política penetró incluso en las comunidades más tradicionales, al grado de negar la cultura chontal y de que en los

<sup>1</sup> Tomás Garrido Canabal mantuvo el poder político de Tabasco durante casi 15 años. Fue gobernador de esa entidad en cuatro ocasiones: en 1919, de 1921 a 1924; en 1926, y de 1931 a 1934. N. del E.

censos de población dejara de registrarse a los hablantes de esa lengua al considerar homogénea a toda la población tabasqueña hasta 1970, cuando volvieron a incluirse los hablantes de chontal en las estadísticas.

Los usos tradicionales comenzaron a experimentar un florecimiento a partir de que cesó su prohibición e incluso, en la década de 1980, se estimuló la práctica abierta y el rescate de usanzas ya desaparecidas. Así, de ser un pueblo que se suponía extinto junto con sus costumbres, el chontal tabasqueño, en medio de sus limitaciones económicas, tiene ahora —como en realidad siempre tuvo— el propósito de persistir, aun cuando sus manifestaciones no correspondan a estereotipos y a veces parezcan evidenciar pobreza cultural. Por el contrario, incluso en los hogares que ya no se reconocen a sí mismos como chontales, por medio de su religiosidad se trasluce el sentimiento de solidaridad con las ánimas de sus difuntos.

Los ámbitos donde esto sucede son espacios públicos (la iglesia y el panteón) y el privado (la casa familiar). Los rituales de acercamiento entre vivos y ánimas se realizan gracias a la intermediación de los especialistas, aunque algunas prácticas las suele realizar la propia gente.

Entre los cuidados a las ánimas son bien conocidos aquellos que hacen necesaria la participación de un especialista para “confesar” al moribundo y liberar a su ánima de cargas que pudieran evitar su entrada al lugar de descanso. Liberada del cuerpo biológico, el ánima permanecerá con su familia durante ocho días, hasta que ella misma sea velada y conducida a la entrada del camino que la llevará a su nueva morada, desde donde intercederá por los suyos. Más adelante retornará a su antigua casa cada mes de noviembre, guiada por la luz de las velas, el olor del copal y los rezos, para atender la invitación a degustar pozol o chorote.

Con los cuidados que los grupos parentales dispensen a sus ánimas, cada miembro de la familia adquiere la certeza de que cuando llegue su turno de estar del otro lado, su “sombra” recibirá un trato igual por parte de sus parientes vivos durante los rituales de velación y recibimiento de la visita anual.

## VELACIÓN Y DESPEDIDA DE “LA SOMBRA”

Esta ceremonia se lleva a cabo a la semana y al año del fallecimiento de una persona. Su importancia y solemnidad son equiparables al funeral del

individuo biológico, pues se trata de un “velorio de la sombra”, es decir, es una despedida del ánima, que tras haber permanecido en su casa durante una semana, libre del cuerpo, es despedida para que pase a “vivir” al espacio dedicado a las ánimas, de donde volverá el mes de noviembre de cada año.

Una “velación de sombra” pone en marcha el intercambio de favores que se deben mutuamente los participantes de una red de relaciones. Así fue en la “novena” celebrada por el ánima de don Manuel Santos, la cual ocurrió un lunes 30 de octubre, fecha muy cercana a la de la llegada de las ánimas. Ese año el poblado de Tecoluta sufrió una inundación por el desbordamiento del río. No obstante, aquel lunes su familia se aprestó para la ceremonia desde temprano. Una docena de mujeres, entre familiares consanguíneas y de rito, así como alguna vecina, fueron convocadas por la esposa del difunto para que la ayudaran. Acarrearon agua del pozo de la iglesia y cocieron maíz y frijol en grandes tinas a la orilla de la carretera, debido a que su solar se encontraba totalmente anegado, como la mayor parte del poblado. Cuando el nixtamal y el frijol estuvieron listos, las mujeres se reunieron debajo del portal de la casa para molerlos y preparar tamales, envueltos en grandes hojas cocidas llamadas *to'*,<sup>2</sup> que previamente los hombres habían recolectado en el monte, como llaman al campo los habitantes de las planicies.

Para el ritual invitaron a tres rezadores, quienes prepararon, frente a la mesa del altar doméstico y sobre el piso, una cama de hojas de *to'*. Encima pusieron ramas de una planta llamada monte calvario (y hubieran querido poner ramas de muralla, como marca la tradición, pero no encontraron debido a las inundaciones). Luego pidieron a dos hombres jóvenes que ensartaran en dos hilos las flores blancas que tenían previstas para el caso. Sobre la cama de hojas y de ramas que se había colocado a los pies del altar dispusieron la sarta de flores más larga en sentido perpendicular a la mesa del altar y la otra en sentido transversal a la primera, con lo que formaron una cruz de unos 50 centímetros de longitud. En cada extremo de la cruz, a la que llamaron “sombra”, prendieron una veladora; en un sahumador quemaron incienso y acercaron una taza de plástico con agua bendita traída de la iglesia y una rama de monte calvario para asperjarla (véase Fotografía 1).

Una vez preparada la “sombra” los tres especialistas comenzaron a rezar. Entre cada misterio del rosario, se rociaba agua bendita sobre la “sombra” y sobre el altar. Al final del rosario, dos de los rezaderos se saludaron

<sup>2</sup> *Too ah ob* significa en maya envolver arrebujando con yerbas, hojas o paño. Véase Antonio de Ciudad Real (atribuido), *Calepino Maya de Motul*, Plaza y Valdés, México, 2001, p. 550. Con la misma hoja de *to'*, el 3 de mayo se “viste” o forra la llamada Cruz mayor de la iglesia de Tecoluta.



Ceremonia de velación de la sombra de don Manuel Santos.  
(Fotografía 1)

de mano entre ellos y se sentaron, mientras que el tercero continuó con el rezo en voz baja, sahumando la cruz de tanto en tanto. Luego los hombres que intervinieron en el acto solemne tomaron chorote servido por el anfitrión en jícara ahumada y con una cuchara para agitarlo. Con este acto finalizó la participación de los especialistas en la despedida del ánima; el resto correría a cargo de la familia extensa.

Al día siguiente, el martes 31 de octubre, la familia de don Manuel se reunió para comer los tamales preparados desde el día anterior y para “levantar la sombra”, llevarla al panteón y depositarla encima de la tumba. El traslado se hizo en cayuco, pues el cementerio quedó aislado por la inundación. Los restos de la “sombra” fueron dejados sobre la losa blanqueada, sujetos a que el sol, la lluvia y el viento los desintegraran. De este modo la familia despidió al ánima en la puerta de entrada de su lugar de reposo: el hoyo abierto en la tierra para depositar al difunto es usado una semana más tarde por el ánima como conducto de paso para su traslado al lugar de descanso.

De regreso a la casa todos los familiares y acompañantes bebieron chorote y los que no lo habían hecho, comieron tamales. Poco después de las cuatro de la tarde los asistentes comenzaron a retirarse hasta quedar sólo el grupo doméstico. Esta misma ceremonia se repetiría en el aniversario del deceso.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Según un testimonio recogido por Harris (citado en Mora y González, p. 7), al llevarse al cementerio la sombra, ésta sigue vagando por la tierra a lo largo de un año. Quizá la velación de aniversario responda al hecho de que no hay certeza de que el ánima haya terminado sus asuntos pendientes y se haya ido después de la novena. Según Ruz (p. 556), durante este tiempo las ánimas “recogen sus pasos” y se despiden del paisaje que habitaron.

El duelo de la familia es atenuado por la certidumbre de que la despedida no es definitiva. El cuerpo muere, pero al hacerlo su ánima sigue viviendo, intercede por sus parientes, viaja, regresa, disfruta los regalos, convive con su familia, hasta que llega la verdadera muerte: el olvido de sus descendientes y familiares.

## RETORNO DE LAS ÁNIMAS

En principio, el regreso de las ánimas se espera desde el día 1 de noviembre a las 12 horas, aunque en realidad pueden llegar en cualquier día del mes y permanecer deambulando en el pueblo hasta el día de san Andrés. Sólo en las poblaciones urbanas se conmemora a los difuntos los días 1 y 2, con el consecuente encarecimiento de las flores y la aglomeración en los panteones, además de los consabidos concursos y exposiciones de ofrendas.

Estos concursos, dicho sea de paso, si bien tienen el mérito de difundir y hasta promover una tradición, paradójicamente demuestran por qué la conmemoración ha perdido sentido en la ciudades, pues los lugares donde se realiza no son sagrados y los protagonistas no son las familias. Así, por poner un ejemplo, un sábado 4 de noviembre un grupo de profesores de la Escuela de Música y Danza La Ceiba, de Villahermosa, llegó al Museo de Cultura Popular de la misma localidad y en cosa de una hora montó una ofrenda “chontal”, se hizo la inauguración y todos se retiraron. El contexto laico y pedagógico de este tipo de actos despoja a la celebración de las ánimas del carácter místico originario que le imprimen los contextos sagrados (el panteón, la iglesia y el altar doméstico) y los grupos familiares que invitan a sus ánimas. En las comunidades chontales, a diferencia de las ciudades, los llamados días de difuntos se viven como un tiempo destinado a la realización de una serie de cuidados para las ánimas.

La recepción de los visitantes corre principalmente a cargo de la familia de cada uno, pero a veces el ritual requiere conocimientos especializados, por lo que es necesario acudir a un rezandero o incluso a un representante de la Iglesia, aunque esto no es fundamental. Los espacios donde se llevan a cabo los actos de recepción y honra a las ánimas se localizan en el panteón, en la iglesia y en los hogares.

### **En el panteón**

El primer contacto con las ánimas visitantes se lleva a cabo en el panteón;

por ahí se fueron y por ahí regresan a partir del atardecer del día 1 de noviembre. Por ello es importante que con anticipación se limpie el recinto, se deshierre, se encalen los muros y fachadas y se repinten las lápidas. A partir del 1 de noviembre, o a más tardar el 2 de noviembre, los panteones limpios esperan la llegada de los grupos familiares que asisten a las misas programadas en la mañana, o bien acuden por la tarde para encender las velas que iluminarán el arribo de las ánimas. Al panteón de Tapotzingo, desyerbado desde la víspera, el día 1 la gente acudió por la mañana a pintar y a colocar coronas de flores artificiales llamadas “sombras”, y en la tarde llevaron velas que mantuvieron encendidas durante toda la noche, hasta el otro día. En cambio, en Guaytalpa la mayoría de la gente decidió posponer el encendido de velas para el día siguiente. La costumbre dicta que la gente comience a llegar a las cuatro de la tarde, todavía con sol candente, encienda sus velas y se retire alrededor de las siete de la noche (véase Fotografía 2).



Arreglo de las tumbas en ocasión de Días de Muertos.  
(Fotografía 2)

El día 2 a las once de la mañana el panteón de Nacajuca estaba a reventar de gente que llevaba flores y velas. Por la noche únicamente permanecían las velas encendidas en las tumbas. Por su parte, en Guaytalpa, por la mañana del 2 también había gran actividad en el panteón en espera de



la misa. Pasadas las 12 el sacerdote llegó y comenzó el oficio ante una concurrencia arreglada, con ropa nueva los que podían. Al terminar la misa, el sacerdote bendijo tumbas a petición de los familiares. Con ello concluyó la participación del clero en la fiesta en el ámbito del panteón (véase Fotografía 3).



Misa en el panteón de Guaytalpa. Las llamas de las velas de las tumbas se protegen con enramadas.  
(Fotografía 3)

Vistas detenidamente, las actividades descritas tienen como finalidad renovar la sacralización del lugar; para ello se purifica mediante el aseo, el arreglo y la celebración de oficios religiosos. Estos actos preparan la llegada de las ánimas en terreno sagrado, donde son recibidas por algunos familiares, también aseados y arreglados para la ocasión, lo que podría interpretarse como un acto de expurgación.

### **La iglesia**

Con el fin de renovar la sacralización del espacio y del tiempo en que retornan las ánimas, en las iglesias de los poblados chontales también se hacen preparativos para recibirlas con una ofrenda. Su organización corre a cargo de las autoridades tradicionales personificadas en los “patrones”.

Los patrones son los miembros del patronato, nombrados en asamblea por la mayoría del pueblo, para fungir como representantes y responsables de la iglesia.<sup>4</sup> Otros actores importantes en estas fechas son los rezadores, receros, oradores o rezanderos, hombres mayores o de mediana edad cuyo dominio de las oraciones y su aplicación los colocan en un sitio de respeto en la escala social.<sup>5</sup> De entre ellos destacan los ofrenderos, aquellos que han acumulado mayores conocimientos del ritual y por lo tanto mayor reconocimiento de su comunidad.<sup>6</sup> Su función principal es bendecir las ofrendas que han de ser entregadas a un santo el día de su fiesta,<sup>7</sup> pero también son buscados para hacer la invitación a las ánimas para que reciban sus ofrendas en la iglesia y en las casas. Los patrones, junto con los rezadores, constituyen el cuerpo de especialistas que intervienen durante los actos solemnes de un ofrecimiento.

Aunque sería lo deseable, no en todas las iglesias se llevan a cabo misas en la temporada de difuntos, pues los sacerdotes del clero católico de la región no se dan abasto para cumplir las múltiples solicitudes que les hacen en los dos primeros días de noviembre. Por lo mismo, las misas pueden ser omitidas en las iglesias, pues en la temporada de difuntos las ofrendas son el acto principal y en estos ofrecimientos el papel protagónico y el control de la iglesia, quizá por la falta de sacerdotes, lo tienen los rezanderos y los patrones.

Las ofrendas de bienvenida en la iglesia se realizan el primero o los dos primeros días del mes. Durante estos actos la gente también deja en manos de los especialistas la celebración del ritual, ya que se trata sencillamente de un convivio de ánimas antes de distribuirse hacia sus respectivas casas. Todas las personas saben que a mediodía en el templo tiene lugar el acontecimiento, las campanas se los comunican, pero no consideran necesaria su presencia testimonial en el acto, sobre todo el primer día.

Guaytalpa es uno de los poblados en cuya iglesia se llevan a cabo ofrendas los dos primeros días de noviembre, como ocurrió en 1999. El día 1 de noviembre en la mañana dos patrones y cuatro hombres mayores colocaron una mesa cerca de la salida del edificio, y la cubrieron con manteles blancos de orilla de encaje. En cada pata de la mesa amarraron ramas de monte calvario. Sobre este altar, en el centro de la parte posterior pusieron un portarretrato con una imagen del ánima bendita, enfrente una veladora y en el suelo un incensario y 12 velas en formación (véase Fotografía 4).

<sup>4</sup> Carlos Incháustegui, *Chontales de Centla. El impacto del proceso de modernización*, Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa, 1985, p. 47.

<sup>5</sup> Es común que los rezadores sean también yerbateros o médicos tradicionales. Al respecto, véase Susana Cadena Kima-Chang y Susana Suárez Paniagua, *Los chontales ante una nueva expectativa de cambio: el petróleo (Serie de Antropología Social #79)*, INI, México, 1988, p. 186.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 185.

<sup>7</sup> *Ibidem*.



Ofrenda en la iglesia de Guaytalpa, encabezada por los patronos.  
(Fotografía 4)

Cerca del mediodía colocaron bancas para formar un cuadro con el altar en preparación. Con muy escasa asistencia dio inicio el rosario. Al final, cuatro hombres y una anciana, por turnos, tomaron el brasero y sahumaron velas y altar. Luego se despidieron cada uno de mano. El altar se quedó tal cual, pues al día siguiente habría una ofrenda. A lo largo de la tarde, la noche y la mañana siguiente, la gente continúa llegando para encender sus velas y veladoras y sustituir las que ya se han consumido.

Al día siguiente, 2 de noviembre, en Guaytalpa hay una participación más directa de la población en el ritual que se lleva a cabo en la iglesia. Antes del mediodía se hace otro rezo frente al mismo altar que ahora incluye una imagen de san Andrés, y esta vez la ofrenda ostenta una variedad más amplia de regalos. La gente colabora con cosas como jícaras con chorote y pozol, platos de dulce, veladoras, velas, flores, ramas de monte calvario, para adornar el altar y coronas similares a las “sombras”, de flores naturales y artificiales.

Un último rezo tiene lugar el día en que se retiran las ánimas, con las mismas características del ocurrido el primer día.

### **En las casas**

Luego de su tránsito por los panteones y las iglesias, las ánimas se dirigen a casa a buscar las ofrendas que les tienen preparadas sus familiares. A diferencia de la recepción en los panteones, que debe efectuarse el 1 o el 2 de noviembre, la colocación de la ofrenda puede hacerse en cualquier día del

mes dedicado a los difuntos, dado que no se irán hasta el 30, día de san Andrés. Las preferencias y las posibilidades económicas determinan el mejor día para el ritual, de tal manera que el efecto general se diluye a los ojos del visitante esporádico. Las fechas en que es posible observar más altares son los días 1 y 2, cuando las ánimas llegan, y el 30 de noviembre, cuando se les despide y los pueblos vuelven a su normalidad. Los días de la semana que la gente prefiere poner su mesa son sábado, domingo y, sobre todo, lunes, pues consideran que es el mejor día por ser el especial para las ánimas dentro de su mes.

En el interior de los hogares se recibe a los visitantes con alimentos, aroma de copal, oraciones y luz de velas. Para tal acontecimiento, las familias hacen todos los preparativos necesarios y pueden, en un momento dado, hacer ellas mismas el ritual del ofrecimiento. Con dicho acto el espacio de las casas también renueva su carácter sagrado, pero a diferencia del panteón y de la iglesia, sus habitantes pueden jugar el papel de intermediarios entre las ánimas y los demás familiares. No obstante, muchas veces es preferida la presencia de un especialista para que lo haga y con ese fin mandan llamar un rezador, nunca un sacerdote.

El contenido y la colocación de las ofrendas pueden ser tan variados como las familias mismas, pero según don Apolonio, rezadero de Tecoluta, en rigor las ofrendas deben llevar flores como metalé y presidente; choroche servido en cuatro jícaras o en mazorcas de cacao ahumado (*cocox box*); velas y veladoras que se mantienen encendidas todo el mes, y se debe volver a hacer ofrenda el día de san Andrés para despedir a las ánimas.

En la práctica, como decíamos, las versiones de la ofrenda varían ampliamente, aunque casi siempre suelen encontrarse uno o varios de los elementos indispensables mencionados por don Apolonio. Así, por ejemplo, en Mazateupa encontramos varios altares domésticos con sencillas ofrendas, como el de doña Petrona, quien pone pozol y veladoras en una tabla fija a la pared a manera de repisa, donde permanentemente tiene una imagen del Señor de Tila. Asimismo, en Tecoluta, la familia de don Luis pone su ofrenda el día 2, en el suelo, sobre hojas de *to'* que recogen en el popal; consiste en pozol y copal. Horas después todo lo que queda son las bases para asentar las jícaras y el sahumador o pulvení (*p'ulub*).

Una ofrenda más abundante contiene alimentos e incluso se pone dos días consecutivos. Ejemplos de ellas observamos en Mazateupa, Tapotzin-

go, Tecoluta, Vainilla y Guaytalpa. En el primer poblado, la dueña de una tienda afirma que la ofrenda del primer día lleva dulces de camote y de frutas, y la del segundo día, más complicada, lleva tamales y caldo con carne de res, de pollo o de guajolote (frecuentemente, estos dos últimos se ponen completos, separados del caldo). Ella la puso el día 18 debido a que antes fue a la ciudad de Cárdenas para ayudar a su madre a poner la suya.

En Tapotzingo, en la ofrenda del primer día se acostumbra poner dulces de camote, plátano y maíz molido, hechos con miel de cajón, así como un dulce llamado *cha'* o merendengue. Para el día 2 se hacen panuchos, tamales y caldo de res o de ave (gallina o pavo), conocido como pío, el cual es diferente al guisado denominado uliche. Éste se prepara hirviendo pollo en trozos o completo y cuando está bien hervido se agrega masa de maíz colada para espesar el caldo.

En Tecoluta, en casa de una familia de artesanos, por la mañana del día 3 se pone una ofrenda consistente en velas, 12 jícara chicas de chorote (cuando son grandes se ponen menos) y caldo.

En Vainilla, población donde ya se ha abandonado el habla chontal, la familia de una bordadora acostumbra poner su altar el día 2 a las 12; incluye en la ofrenda pozol con cacao, dulce de coco y piña, y tamales de masa colada con carne de pollo. Estos son diferentes de los manea, los cuales son tamales preparados solamente con masa, sin carne, en los poblados de habla chontal. Para envolver los tamales colados también usa la hoja de *to'*. Luego, sin quitar las cosas de la mesa, a las once y media de la noche ella misma hace el rezo de ofrecimiento y agrega platos con más tamales colados, con pollo, café y chocolate, convidando a todas las ánimas en general. La familia permanece despierta hasta que se apaga la última vela. Vainilla es una excepción en cuanto a la costumbre de retirar los alimentos una vez que ha concluido el ofrecimiento, como ocurre en gran parte del área maya. Al día siguiente los tamales preparados, alrededor de 60, se reparten entre familiares y vecinos.

Por su parte, en Guaytalpa, el final del rosario que se hace el día 1 de noviembre a la una en la iglesia es la señal para el inicio de las ofrendas familiares. Los altares son presididos por imágenes religiosas, por ejemplo, el Sagrado Corazón y el Señor de Tila; contienen también velas, jícara de chorote y como alimentos dulce y tamales, los cuales permanecen una hora,

hora y media o el tiempo que dure el rezo y enseguida se retiran para ser consumidos, primero por el rezador y sus acompañantes, y luego por todos los presentes. Sólo se queda una jícara de chorote o pozol y, a veces, uno o dos tamales toda la noche.

En la misma población la ofrenda del día 2 se vuelve más compleja, sobre todo en aquellas familias que gozan de mejores posibilidades económicas. Después de mediodía, los rezadores comienzan a ir de una casa a otra, lo mismo humildes que más acomodadas, donde los han llamado para hacer el ritual del ofrecimiento de los tamales, el caldo y el pollo o el pavo partido en piezas. Como ejemplo de una ofrenda correspondiente a una familia de Guaytalpa de posición holgada, viene bien el caso de una familia de maestros. La ofrenda consistía en una mesa cubierta con un mantel blanco calado y un plástico transparente para protegerlo. Encima, recargadas en la pared había cuatro imágenes: dos de la Virgen de Guadalupe, un Sagrado Corazón y un Señor de Tila; había además un grupo de figuras de nacimiento, con borregos y burro, tres floreros con flores naturales y de papel, cuatro veladoras, un recipiente con estoraque y otro con agua bendita. Los alimentos eran los siguientes: cuatro vasos de plástico con chorote, un plato de tortillas, un recipiente con pozol y cuatro platos, dos para uliche y dos para dulce de papaya y de oreja de mico, respectivamente. Al pie del altar había cuatro veladoras en el piso (véase Fotografía 5).



Altar de una familia de profesionistas de Guaytalpa.  
(Fotografía 5)

El rezador invitado en esta ocasión rezó el rosario en compañía de siete personas solamente, aunque había más en la casa. Terminado el rosario, un joven que había permanecido junto a él le fue diciendo los nombres de cada uno de los difuntos a quienes se dedicó ofrenda y oraciones. Al final el rezador sahumó el altar y luego lo hicieron todos los presentes.

Esta ofrenda podría sintetizar lo que ocurre en toda la celebración de los llamados Días de Muertos en la región chontal. En ella están presentes los elementos mínimos de una ofrenda tradicional, lo mismo que elementos nuevos representativos de la cultura urbana común a otras ciudades del país. Los miembros mayores de la familia conocen los elementos que se incluyen en las ofrendas tradicionales, pero también distinguen cuáles son imprescindibles y cuáles pueden experimentar transformaciones sin demérito o que su omisión es tolerable por causas de fuerza mayor, como el hecho de no haber podido clavar una ramita de albahaca en el pozol, según es costumbre, debido a que ahora no la consiguieron porque la crecida tapó todas las plantas.

Respecto a los alimentos, dos son los indispensables: pozol o su variante, el chorote, y caldo de carne o bien uliche. Los tamales no necesariamente se ponen en la ofrenda, pero sí se consumen en la familia y se convida a invitados. Por ello se preparan, siempre que hay posibilidades, en cualquiera de sus variantes, algunas de ellas especiales para la temporada. Entre éstas encontramos los que se envuelven en una hoja y una tortilla, y llevan frijol, pollo o pavo deshebrado. También se hacen tamales suaves de masa colada y de masa batida, cuya consistencia es dura; cuando no llevan carne se conocen como manea y se cuecen en tinas, bien envueltos con las mismas hojas y sobre leña. Estos tamales, de forma alargada, se ponen atravesados sobre los platos de caldo. Otro alimento especial que se compra en Guaytalpa es el pan, pero no se acostumbra ponerlo en la ofrenda, sólo comerlo.

No está de más recordar que en la mitología de los caribes o hach winik de Chiapas, emparentados lingüísticamente con los chontales, Hachakyum protegió a los hombres del diluvio; a cambio les ordenó venerar a sus dioses, para lo cual debían fabricar incensarios, rezar, hacer pozol sagrado y tamales ceremoniales.<sup>8</sup> Todos estos elementos están presentes en las ofrendas de los chontales a sus ánimas, que si bien no pueden considerarse dioses, sí son las entidades intermediarias por participar de ambos mundos: el divino y el terrestre.

<sup>8</sup> Mercedes de la Garza, "Los mayas. Antiguas y nuevas palabras sobre el origen", en Jesús Monjarás-Ruiz (Coord.), *Mitos cosmogónicos del México antiguo*, INAH, México, 1987, p. 68.

Para servir los alimentos de la ofrenda, las familias utilizan platos, vasos y tazones de vidrio, plástico o porcelana, y consideran cosa del pasado el uso de cajetes “de tierra” o arcilla y de jícaras, pues —dicen— ya casi nadie los tiene. Lo cierto es que son muy comunes en las casas más modestas.

El tamaño y abundancia de la ofrenda en Guaytalpa también varían de acuerdo con los deseos y, sobre todo, las posibilidades de la familia. En el ejemplo mencionado de la casa de los maestros, la explicación sobre el tamaño de la ofrenda hizo referencia a que se trataba de una ceremonia sencilla, pues sólo es familiar, y por eso únicamente se puso un plato con tortillas. En otros casos, cuando se hace rosario en grande, la familia anfitriona invita a mucha gente y en el rezo se mencionan los difuntos de todos los invitados; al final comparten la comida que han ayudado a preparar, que suele ser una res completa y tamales. Estas ocasiones siempre han sido poco frecuentes y la gente las recuerda como grandes acontecimientos, pues implican un fuerte gasto difícil de enfrentar.

En este ámbito de las ofrendas domésticas encontramos los cambios más notables ocurridos a lo largo del tiempo. El cotejo de la situación actual y la que se presentaba a fines de la década de los setenta, y más aún la que se observaba en los cuarenta,<sup>9</sup> habla de pérdidas y transformaciones que, sin embargo, no han destruido la esencia o incluso la han apuntalado al permitir a los chontales actuar de acuerdo con su criterio. La más importante de las pérdidas es el nombre de la ceremonia y con él su significado más exacto. En la *k'ntiyá*, o comida del perdón, los ancianos solicitaban la indulgencia de las ánimas en un ritual que consumía muchas horas en la madrugada, en la tarde y a las 12 de la noche. En la actualidad, la ceremonia —mencionada localmente como “días de difuntos”— conserva su sentido y tiene un carácter más social y de rogación, pero carece del ingrediente de temor. Sólo como parte de las consejas populares se cuenta que las ánimas “bajan” a vigilar que los parientes vivos les pongan regalos y castigan a quien no lo hace.<sup>10</sup> En un segundo conjunto de cambios, referido a la forma, está por un lado la costumbre cada vez más rara de poner la ofrenda en el piso, prefiriéndose ahora una mesa que también hace las veces de altar. Por otro lado, está la posibilidad actual de las mujeres de intervenir en algunos momentos del ritual, mientras que antaño su participación se limitaba sólo a presenciar o a colaborar en la preparación de los alimentos. A las mujeres que preparaban

<sup>9</sup> Al uliche también se le conocía como *chulkab*, traducido como “caldo bendito”. Para información sobre la década de los cuarenta, véase una interesante descripción en María del Rosario Gutiérrez Esquildsen, “Ritos y ceremonias del Día de Muertos en Tabasco”, en *Anuario de la Sociedad Folklórica de México* (vol. IV), Círculo Panamericano de Folklore, México, 1944, p. 297.

<sup>10</sup> Susana Cadena Kima-Chang y Susana Suárez Paniagua, *op. cit.*, p. 191.



les correspondía consumir pozol del apaste o recipiente que se había puesto en el suelo durante la ofrenda, mientras que del apaste colocado en el altar se servía a otros familiares y amigos.<sup>11</sup>

En los alimentos y los recipientes en que estos se sirven se encuentra el tercer grupo de cambios que están más relacionados con la variación en los gustos y quizá con el prestigio social. El uliche, que antes era común, hoy se ha sustituido por caldo de ave o incluso de res, pues la consistencia espesa resultante de la mezcla de masa con el caldo del guajolote ya no es del gusto de las nuevas generaciones de chontales, o es considerado de procedencia muy antigua, más propio de “indios de los pueblitos”. Lo mismo sucede con los recipientes elaborados con arcilla y con corteza de frutos como jícara y cacao. A pesar de que todos reconocen el buen gusto que proporciona a los alimentos, está sobrentendido que su uso se reserva a los “indios”, incluso entre quienes se enorgullecen de ser chontales, pero han incluido en sus trasteros utensilios de peltre, aluminio, vidrio y plástico.

## CONCLUSIÓN

A lo largo de la vida y en los días que rodean a la muerte, es costumbre entre los chontales de Tabasco guardar una serie de precauciones con el fin de garantizar el bienestar de las ánimas. Mediante la descripción del ceremonial, hemos visto que la forma de expresión de los cuidados puede variar de un poblado a otro y de un año a otro, dependiendo de múltiples circunstancias, pero la tradición obliga a su cabal cumplimiento y por medio de él coadyuva al fortalecimiento de la reciprocidad que se deben los miembros de la comunidad. Paralelamente, también satisface una necesidad individual ante el miedo a la ausencia al reforzar la convicción de la permanencia después de la muerte.

La flexibilidad del ceremonial, en especial el que ocurre durante el mes de noviembre de cada año, es su principal ventaja ante los cambios en las condiciones materiales y culturales de la sociedad chontal. El hecho de que en los tiempos malos (como pueden ser los que sobrevienen después de un huracán y que hacen que las actividades agrícolas, ganaderas y pesqueras entren en receso) haya una disminución de la actividad ceremonial, no impide que cuando las condiciones vuelven a ser propicias el rito resurja, de lo cual se deduce que no se trata de una pérdida de fe.

<sup>11</sup> María del Rosario Gutiérrez Esquildsen, *op. cit.*, p. 298.

Durante la celebración, el ambiente se prepara para la recepción de las ánimas; la sacralización del tiempo y del espacio corre a cargo de los especialistas (rezadores, patronos y sacerdotes), pero la socialización va por cuenta de las familias. Al invertir una gran cantidad de trabajo en el cuidado de las ánimas, los grupos parentales toman en sus manos el control del ritual que propicia la convivencia entre ánimas y vivos. El trabajo que implica la preparación de alimentos para las ofrendas congrega a una numerosa mano de obra que a su vez es invitada a compartir los alimentos que se prepararon.

Al otorgar cuidados a sus ánimas, los chontales establecen intercambio con ellas y con la parentela que se une para “la velación de sombra” y para el recibimiento cuando retornan. La unión e intercambio entre vivos y ánimas satisface en vida la necesidad colectiva de formar parte de una parentela en la vida misma y en la muerte.

Asumir esto y comprender las circunstancias en las que ocurre el hecho cultural en los poblados de los chontales tabasqueños, necesariamente modifica la percepción que desde afuera de las culturas étnicas se tiene de la llamada festividad de muertos, por lo que es un deber de aquellos que tienen en sus manos la divulgación y promoción presentar un panorama completo de todos los aspectos que rodean al culto a las ánimas, y no solamente aspectos aislados como pueden ser las ofrendas en las casas y los panteones. Con ello se alcanzará un mejor entendimiento del culto a las ánimas y, adicionalmente, un acercamiento más respetuoso entre culturas.

### **Bibliografía**

- AA.VV., “Vidas y muertes plurales. Thanatos y comunitas en el mundo maya contemporáneo”, en Rafael Cobos (Coord.), *Culto funerario en la sociedad maya. Memoria de la cuarta Mesa Redonda de Palenque*, INAH, México, 2004, pp. 549-566.
- Cadena Kima-Chang, Susana y Susana Suárez Paniagua, *Los chontales ante una nueva expectativa de cambio: el petróleo (Serie de Antropología Social #79)*, INI, México, 1988.
- Ciudad Real, Antonio de, atribuido, *Calepino Maya de Motul*, Plaza y Valdés, México, 2001.
- Garza, Mercedes de la, “Los mayas. Antiguas y nuevas palabras sobre el origen”, en Jesús Monjarás-Ruiz (Coord.), *Mitos cosmogónicos del México antiguo*, INAH, México, 1987, pp. 15-86.
- Gutiérrez Esquildsen, María del Rosario, “Ritos y ceremonias del Día de Muertos en Tabasco”, en *Anuario de la Sociedad Folklórica de México (vol. IV)*, Círculo Panamericano de Folklore, México, 1944.

Incháustegui, Carlos, *Chontales de Centla. El impacto del proceso de modernización*, Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa, 1985.

Mora, Teresa y Yólotl González, “La celebración de los muertos entre los chontales”, en *Dos ceremonias para los muertos: en Cholula, Puebla y entre los chontales de Tabasco*, (Cuadernos de trabajo #29, serie etnografía #1), Departamento de Etnología y Antropología Social-INAH, México, 1981.

Ruz, Mario Humberto, “Pasajes de muerte, paisajes de eternidad”, en Alain Bretron, Aurore Monod Becqueline y Mario Humberto Ruz (Eds.), *Espacios mayas, representaciones, usos, creencias*, Centro de Estudios Mayas del Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México, 2003.